

Traducción e historias de la dictadura

Estefanía Di Meglio
Universidad Nacional de Mar del Plata-CELEHIS-CONICET

La escritora Laura Alcoba nació en Cuba y pasó sus primeros años de vida en Argentina, por lo que el español es su lengua materna. A los diez, debió exiliarse en Francia junto con su madre por motivos políticos. Sus novelas están escritas en francés y la traducción de dos de ellas ha estado a cargo de otro escritor argentino, Leopoldo Brizuela. Una de éstas, *La casa de los conejos*, recupera parte de la vida de una niña (proyección ficcional de la autora) durante la época de la Triple A en Argentina.¹ Si el lenguaje es ya un aspecto particular de las historias atravesadas por el trauma en el sentido de que no hay palabras para dar cuenta del horror de manera acabada, y con ello se ve profundizada la crisis de la representación, en esta novela específicamente la lengua adquiere torsiones particulares: hay palabras de época, términos de una lengua militante, que no tienen traducción a otro idioma. Así, en el original en francés, estas palabras aparecen en español. Otras, aun cuando poseen su equivalente en la otra lengua, permanecen en español en el original debido a que constituyen el núcleo del relato, algo así como su esencia. Funcionan al modo de metonimia de toda esa época y muestran que por el carácter singular de los hechos ciertas palabras solo pueden decirse en la lengua en la cual se han vivido tales acontecimientos. Autora y traductor, en dos entrevistas, declaran que la novela hace recuperar el lenguaje de infancia. Esa lengua

¹ En su libro *Memoria y autobiografía*, Leonor Arfuch resalta la relevancia de lo autobiográfico respecto de las escrituras y la narrativa vinculada al relato de los hechos traumáticos de la dictadura en las últimas décadas (81-82).

actualiza el recuerdo y permite reconstruir la memoria a Alcoba y Brizuela, con lo que resurge en ellos también una historia que había sido ocultada, de forma consciente o no, tras los visos del olvido y la autorrepresión.

Una historia vivida en español

Existen términos que no tienen equivalentes en otros idiomas. Más aún, hay ciertos lexemas que ni siquiera están registrados en el diccionario del propio. Ante este problema se enfrenta la voz enunciativa de la novela: la particularidad de “la casa de los conejos”, aquella obra de ingeniería por la que ella puede dejar de ser tal para convertirse en una imprenta clandestina, es designada por un término lingüístico no registrado en el diccionario de la lengua española, al menos en cuanto a la acepción con que lo reviste la jerga militante de Montoneros. Se trata de la palabra *embute*, la cual funciona para el personaje de la novela a la manera de una metonimia, en cuanto que su sola mención evoca toda una época en su vida; no solo rememora un espacio físico sino también un tiempo de su historia.

Cuando pienso en esos meses que compartimos con Cacho y Diana, lo primero que viene a mi memoria es la palabra *embute*. Este término del idioma español, del habla argentina, tan familiar para todos nosotros durante aquel período, carece sin embargo de existencia lingüística reconocida. Desde el mismo instante en que empecé a hurgar en el pasado –sólo en mi mente al principio, tratando de encontrar una cronología todavía confusa, poniendo en palabras las imágenes, los momentos y los retazos de conversación que habían quedado en mí– fue esa palabra el primer elemento sobre el que me sentí compelida a investigar. Ese término tantas veces dicho y escuchado, tan indisolublemente ligado a esos fragmentos de infancia argentina que me esforzaba

por reencontrar y restituir, y que nunca había encontrado en ningún otro contexto (Alcoba 2008a: 47).

El idioma de la infancia, concretamente, el término que evoca metonímicamente una etapa en la vida del personaje y, con ello, un período histórico, no tiene traducción a otra lengua y aun constituye un lenguaje particular dentro de la propia. Esta palabra que se halla por fuera de los registros de la lengua oficial es a su vez metáfora de que la novela está contando una historia otra, diferente de la hegemónica (para tomar los términos de Williams) u oficial. Es la lengua materna, aquella en la que vivió los hechos, la que mejor le permite recuperarlos en forma de recuerdos, evocarlos en su afán de hacer memoria y describirlos en su intento por reconstruir y dar a conocer parte de una historia. Es que, como lo afirma la conocida tesis de Sapir Whorf y como lo replica Alfonso Reyes,

una lengua es toda una visión del mundo, y hasta cuando una lengua adopta una palabra extranjera, suele teñirla de otro modo, con cierta traición imperceptible. Una lengua, además, vale tanto por lo que dice como por lo que calla, y no es dable interpretar sus silencios (3-4).^{2 3}

Si en lo textual aparece la reflexión sobre el idioma, específicamente, acerca de una lengua de época, en lo peritextual la autora reflexiona también sobre la lengua castellana. Se

² Umberto Eco señala: “La semiótica de Hjelmslev (1943) explica claramente en qué sentido una lengua expresa una visión de mundo propia. Para Hjelmslev una lengua y, en general, todo sistema semiótico) consiste en un plano de la expresión y en un plano del contenido, que representa el universo de los conceptos expresables por esa lengua. Cada uno de los dos planos consiste en una forma y en una sustancia, y ambos son el resultado de la segmentación de un continuum o materia prelingüística” (49).

³ Hay otros aspectos del lenguaje, como el fónico, que no son traducibles de una lengua a otra, tal como lo sostiene Gadamer.

refiere, concretamente, a la imposibilidad de traducir ciertos términos a cualquier otra lengua. Por este motivo, determinados ítems léxicos aparecen, aun en la versión francesa original, en español. En una entrevista sobre la novela en cuestión, el entrevistador le pregunta a Alcoba qué papel jugó el francés en la escritura del texto, a lo que la ella contesta:

Llegué a Francia a los diez años, hice toda la secundaria allí, estudié Letras, es la lengua natural. Pero es verdad que en ciertos momentos, como yo trabajaba sobre una materia prima muy precisa –que eran esos recuerdos en Argentina–, afloraba el idioma en que habían ocurrido los acontecimientos y había cosas que no podía traducir, que no podía poner en francés, y en la versión de origen, cuando envié el manuscrito a Gallimard –no sabía qué iba a pasar– y surgió que me iban a publicar el libro, pensé que me iban a pedir que pusiera notas a pie de página, y lo sentía como algo que me molestaba pero tuve la gran suerte de que mi editor entendió completamente que era importante conservarlas en castellano, entonces hay lugares en el texto de origen que son más fuertes, y está esa palabra “azar” (Alcoba 2008b, párr. 15).

Alcoba elige deliberadamente escribir en francés. No obstante, reconoce que existen ciertas palabras que mejor expresan su referencia en castellano. En efecto, señala que los términos que desea poner en español constituyen el núcleo de la novela.

Recuperar el lenguaje de la infancia

Lenguaje y memoria son dos aspectos centrales que vertebran el relato de las experiencias traumáticas vividas en el marco de la última dictadura en Argentina. El hecho de que el lenguaje no presenta la cosa misma, sino que la representa, es algo aceptado en nuestra cultura occidental. En esta dirección, André Lefevere, retomando a Lacan, apunta que lo real

es intraducible (76). En el caso de la novela que nos ocupa, hay aún un tercer grado en la profundización de la problemática de la representación. Como asevera Alfonso Reyes, “si ya la expresión de nuestros pensamientos en nuestra habla es cosa indecisa y aproximada, el traducir, el pasar de una lengua a otra, es tarea todavía más equívoca” (3).

Por otro lado, la memoria es algo intrínseco a los textos escritos sobre este período, en tanto rasgo constitutivo del acto escriturario mismo. Como asevera Guillermo Saccomanno, aun cuando el escritor no lo buscare deliberadamente, se escribe como una de las modulaciones del recuerdo y la memoria (Di Meglio 2014): individual, histórica, colectiva. Al referirse a su experiencia como traductor de la novela de Alcoba, Brizuela comenta: “Entonces fue ella la que me pidió que le tradujera *La casa de los conejos*. Yo lo leí, me encantó y le dije que sí. También hay una cosa un poco militante: me parecía bien, que iba a aportar ese libro” (Di Meglio 2015: 7). La construcción de una esfera pública de la memoria, la revisión de la historia, el poner sobre el tapete las tramas individuales subsumidas por la macrohistoria o simplemente el hablar del tema son algunos de los “aportes” a los que alude el traductor.

Al eje de la memoria viene a añadirse el del lenguaje. Pero el lenguaje es clave ahora en otro sentido. Si antes señalábamos el quiebre en el plano del discurso provocado por la experiencia traumática, ahora será la lengua la que suscite el recuerdo y reconstruya una memoria que ha permanecido sepultada. Así como un aroma o un sabor pueden convocar el recuerdo (el ejemplo literario prototípico lo hallamos en la magdalena de Proust), una palabra es capaz de actualizar la memoria: si antes decíamos que hay hueco y vacío de simbolización, ahora el lenguaje va indisolublemente unido al recuerdo de una época particular: la infancia, asociada ella a acontecimientos políticos y sociales bien específicos. El solo acto de lectura

puede emparentarse con la traducción. En efecto, George Steiner asegura que el lector es uno de los tantos traductores (44).⁴ En su caso, Brizuela no solo domina determinadas competencias históricas y sociales que hacen a la trama y al horizonte de expectativas del texto de Alcoba, sino que, aún más, se ve atravesado por ellas: ciertos hechos y vivencias que forman parte del universo novelesco son también constitutivos de su propia biografía.

Lo que pasa es que siempre hay que traducir a un neutro. Aunque diga que no, la Argentina quiere traducciones neutras. En cambio ahí [en la novela] yo tenía la libertad y la obligación de poner las palabras que yo usaba en la infancia y fue un viaje alucinante en ese sentido, porque empecé a recuperar cómo las usaba; no iba al diccionario. En un momento en que bautizan a la nena y la ponen en una cosa que no sé cómo se llama en francés, digo: “eso es un fuentón”, como tenía mi abuela. Y en mi memoria empezó a aparecer toda esa época del ‘70, que yo era un poquito más grande que Laura, cinco años (Di Meglio 2015: 7).

Ante esta reflexión, surge la pregunta (hecha en la entrevista con el traductor), de cómo funcionaron los textos de Alcoba en relación con la propia experiencia del traductor y sus vivencias —o los recuerdos de las vivencias— de esa época. Su respuesta parece estar dada desde las emociones: “Me revolvió toda esa época. Me devolvió el lenguaje de la infancia, nada menos” (Di Meglio 2015: 8). De igual manera que *embute* hace recuperar el lenguaje de la infancia a la protagonista de la novela ya adulta y así como la palabra funciona a modo de metonimia para recordar una historia, le sucede a Brizuela con la recuperación no solo de

⁴ “Traducimos en cuanto entramos en contacto oído o leído con el pasado, ya se trate del Levítico o del libro que mayor venta tuvo el año pasado. El lector, el actor, el editor son otros tantos traductores de una lengua que se halla también fuera del tiempo” (44).

la lengua de la infancia, sino también de toda una historia. En efecto, la palabra “revolver” hace pensar en una dimensión sentimental que puede estar, a su vez, unida a la corporalidad: los sentimientos se viven y manifiestan en el cuerpo. Es por eso que le inquirimos a Brizuela por qué afirmaba que le “revolvió toda esa época”, si era quizá porque estaba oculta en cierto sentido. A esto contestó afirmativamente: “Y sí, estaba ahí, supongo que estaba muy reprimido” (Di Meglio 2015: 8). Sin dudas, la novela no construye únicamente memoria por medio de su propio entramado discursivo y argumental, sino que también activa los canales del recuerdo y la memoria en los lectores. Como señala Steiner a propósito de la relación lengua-individualidad,

no existen dos épocas históricas, dos clases sociales, dos localidades que empleen las palabras y la sintaxis para expresar exactamente lo mismo, para enviar señales idénticas de juicio e hipótesis. Tampoco dos seres humanos. Cada persona viva dispone, deliberadamente o por la fuerza de la costumbre, de dos fuentes lingüísticas: la vulgata corriente que corresponde a su nivel de cultura personal y un diccionario privado. Este último se relaciona de manera inextricable con su subconsciente y con sus recuerdos, en la medida en que son susceptibles de verbalización con el conjunto singular e irreductible y que compone la personalidad psicológica y semántica (67).

Así sucede en el caso de Brizuela, pero con el añadido de que él trabaja directamente con la materialidad del lenguaje: en su función de traductor desentraña las historias que subyacen a las palabras. A través de las declaraciones de Brizuela, se ve que la lengua de infancia está signada por una época y se observa cómo la misma infancia ha sido marcada por un período en particular. Durante la entrevista se trama algo así como un relato de

infancia: como en espejo, su historia está tejida por el mismo tipo de relato que él se ha encargado de traducir.

Consideraciones finales

La experiencia del horror y del exilio sellan una relación particular de Alcoba con su lengua materna. Si bien sus textos están escritos en francés, la historia narrada en *La casa de los conejos* exige que ciertas palabras sean escritas en la lengua en la que se vivieron los hechos: en su inscripción en una lengua marcan el peso de ese idioma al momento de contar la historia, en tanto lengua en la que se vivieron los acontecimientos. Uno de los términos de época (*embute*) no tiene traducción a otra lengua, y ni siquiera posee inscripción en la lengua oficial. Se trata de términos de una época que hacen recuperar a la autora la lengua materna, la que, a su vez, posibilita rescatar una historia y construir la memoria. En otro aspecto, la tarea de traducción, el trabajar con la materialidad del lenguaje, el descubrir los términos rioplatenses que subyacen a los franceses, se convierte en un espacio en el cual Brizuela recupera también la lengua de su infancia. Del mismo modo, al leer y traducir el texto de Alcoba puede recuperar la historia de una época del país que en cierta medida estaba sepultada bajo una autorrepresión latente.

En última instancia, algunos aspectos y sesgos de la traducción son productivos para pensarlos como analogía de la época de terror vivida en la Argentina dictatorial y en sus antecelas políticas. La escritura de la historia del horror se nos presenta, aproximadamente, análoga al acto de traducir: así como hay huecos entre lengua y lengua, palabras que no se corresponden con otras, fonemas que no tienen par, así la historia del trauma, inscripta fuera de los cánones de la lógica y del lenguaje cotidiano, no se corresponde con la lengua

corriente. Relatar el horror es inscribir dentro del discurso una experiencia que se halla fuera de él. Sin embargo, traducción y relato del trauma no significan pérdida (o al menos, no solo eso); también muestran productividades. La dificultad de la representación de lo traumático comienza a deshilvanarse, paradójicamente, con el acto de representar/reconstruir que instituye la palabra. Ese mismo lenguaje ajeno a la lógica del horror, a ese fuera de lugar y del discurso que es el trauma, es el que permite recuperar la lengua de la infancia, recordar, construir la memoria y reconstruir la historia para “traducirla” a las palabras del lenguaje corriente.

Referencias bibliográficas

- Alcoba, Laura (2007). *Manéges*. Paris: Gallimard.
- (2008a). *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa. Traducción de Leopoldo Brizuela.
- (2008b, 28 de abril). “Tejemanaje”: entrevista a Laura Alcoba. Diario *El Ciudadano*, Disponible en: <https://pifiada.blogspot.com/2009/10/tejemanaje-entrevista-laura-alcoba.html>
- Arfuch, Leonor (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Di Meglio, Estefanía (2014). “Uno escribe para olvidar. Entrevista a Guillermo Saccomanno”. *Contenciosa*. Año II, número 3, segundo semestre. Disponible en: <http://contenciosa.org/Sitio/VerArticulo.aspx?i=38>
- (2015). *Entrevista a Leopoldo Brizuela*. Mimeo.
- Insúa, Gabriela (Comp.) (2013). *Lo indecible. Clínica con lo traumático*. Buenos Aires: Letra viva.
- Lefevere, André (1997) [1992]. *Traducción, reescritura y la manipulación del canon literario*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- Panesi, Jorge (2000). *Críticas*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Reyes, Alfonso (1983). “De la traducción”. En *La experiencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica. 130-136.
- Steiner, George (1980) [1975]. *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Williams, Raymond (1997) [1977]. “La hegemonía” y “Dominante, residual y emergente”. En *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península. 129-136 y 143-149.